

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA?

Cinco adolescentes pierden la vida en un trágico incendio en Manlleu, en la provincia de Barcelona, mientras pasaban la tarde en los trasteros de un edificio que utilizaban como “local”. Podría haber sido yo a su edad, cualquiera de mi pandilla, mis hijos, cualquier adolescente.

Hay cinco familias rotas, chicos y chicas que han perdido a cinco amigos de golpe, toda una comunidad en duelo. Como si fuera una pesadilla. El silencio se instala en Manlleu: en los institutos, en la plaza en el minuto de silencio, en la salida que hacemos al paseo del Ter con el alumnado de 4º de la ESO por recomendación de las psicólogas que vienen al instituto, en el pabellón en la oración fúnebre del viernes... Y los docentes tenemos que plantarnos delante de la clase, con este silencio *contra natura*, delante de las miradas expectantes del alumnado, llenas de incredulidad, llenas de preguntas. Y ¿qué tenemos que decirles? ¿Cómo acompañamos este dolor? ¿Cómo vivimos nosotros mismos este dolor por las vidas interrumpidas de aquellos por quién hemos peleado, a quién hemos escuchado, a quién hemos empujado, a quién hemos regañado, con quién hemos reído, para quién queríamos un futuro lleno de oportunidades? ¿Cómo acompañamos a las familias devastadas? ¿Qué abrazo, qué gesto, qué palabra puede aliviar a estas madres, estos padres, estos hermanos y hermanas?

Han llegado muestras de condolencia de todas partes, la ciudad y el país han decretado tres días de duelo y han sido muchas las personas que nos hemos sentido acompañadas y unidas en el dolor y nos hemos convertido en una sola comunidad. Pero, desgraciadamente, como si no hubiera bastante con el dolor compartido, también ha llegado un murmullo devastador: los mensajes de odio en las redes, inexplicables, inexcusables, vergonzosos. Porque los chicos eran de origen marroquí.

Los compañeros de clase de uno de los chicos muertos lloran sólo de llegar al pasillo que lleva al aula. Dentro, con este silencio terrible, con esta energía de muerte, empezamos la clase, que no será clase. Hablamos de lo que ha pasado, algunos dicen que todavía no se lo pueden creer, otros callan, otros sólo lloran. Hacen preguntas, hablan de hipótesis extrañas, de cosas que han escuchado. Tomamos conciencia de la importancia de contrastar las informaciones (justamente este curso hemos estado trabajando en un proyecto sobre *fake news*). Y también hablan de los mensajes de odio en las redes: los han visto, los han leído, se han sentido heridos. Uno de ellos me mira y me pregunta: “Marta, ¿por qué hay gente que dice estas cosas?”

Mi cabeza sabe qué responder: porque, en la percepción del *otro*, a menudo hay una tendencia a deshumanizar aquellos a los que consideramos diferentes, a percibirlos como si no tuvieran las mismas cualidades humanas que *nosotros* (como si no amasen, no sufriesen, no tuvieran miedo...). Esto es lo que explica que, incluso personas que se consideran buenas personas, que nunca harían ni desearían ningún mal a nadie de los suyos, no tengan la más mínima empatía con aquellos que consideran diferentes: los *otros* son los *no-nosotros*, una categoría diferente, con quién no se sienten reconocidos y a quién no consideran como

iguales. Esta es la base de los discursos de odio y lo que, llevado al extremo, justifica la explotación, el genocidio, la barbarie.

Pero mi corazón no sabe qué responder. Porque aunque conozca las teorías de la antropología y la psicología social, no soy capaz de entender realmente que alguien vea la más mínima diferencia entre que un chico muerto se llame de una manera o de otra, que sus padres hayan nacido en un sitio u otro. Y me vienen a la cabeza las palabras de Mari Luz Esteban en su poema “¿de dónde eres?” del libro de poesía *Reformas carnales* (publicado por la editorial La Oveja Roja):

where are you from?
le preguntan a una mujer
en un documental dirigido
por Louis Malle

what's the difference?
responde ella

¿cuál es la diferencia?

Qué vida tan pequeña, tan triste, tan lastimosa, deben tener aquellos que no pueden ver que la muerte de un adolescente es trágica, sea quien sea. Que el dolor de una familia por esta pérdida es terrible, venga de dónde venga. Que la pena de los amigos y compañeros, de todos aquellos que les queríamos es profunda y nunca acabará de marcharse. ¡Qué poca humanidad hacer prevalecer las consignas del odio por encima de la empatía más básica! ¡Qué miedo aquellos que viven en un mundo de *nosotros* y *ellos* y no son capaces de ver que somos los mismos y vivimos el mismo momento y el mismo lugar!

Al final, respondo que no debemos escuchar estas palabras, que tenemos que aislarnos de estos comentarios. Que no podemos entrar en una espiral de odio y rencor. Que lo único que nos ayuda en momentos de duelo es estar con las personas a las que queremos y querer a los que tenemos a nuestro alrededor.

Y acabo sintiéndome extrañamente cercana a Bad Bunny, que no me gusta y con quién no tengo casi nada en común, cuando dice que lo único más fuerte que el odio es el amor. Ojalá todas las personas que sufren puedan recibir amor y calor de su entorno, sin excepciones.

Marta Casas
Antropóloga y docente
Febrero de 2026